

Capítulo 6: La prisionera

A Redal no le gustaba la humedad de las mazmorras. El pasillo siempre se le hacía interminable. Era largo y oscuro, pues apenas había lámparas de aceite en los huecos que se habían dejado a tal efecto en las paredes de argamasa. De hecho, casi todos estaban ya vacíos. Porque en esos tiempos, ya nadie era retenido en las mazmorras. Desde que Damien Val'Dore, abuelo de Akun, decidiera que el destino adecuado para un ladrón o bandido era el desierto, las mazmorras habían perdido su utilidad.

Pero no para Redal, que había encontrado a la persona idónea para aquel antro subterráneo. Lo seguía su guardia personal, reducida a tres hombres armados hasta los dientes, altos como jirafas y fuertes como mamuts. O casi. Oía sus propios pasos y el eco que viajaba por la caverna hasta el final, hasta donde estaba ella.

La última celda era la más amplia, pues estaba al fondo en el centro, en vez de a los lados. Dos manos mugrientas se aferraban a los barrotes, fríos, húmedos y herrumbrosos.

– ¿Redal? ¿Eres tú? –preguntó una voz femenina en tono esperanzado.

– Lo soy, querida. ¿Qué tal te encuentras?

– ¡Mal! ¿Cómo te atreves a hacerme esa pregunta? ¡Me lo has robado todo! ¡Hasta la dignidad! ¡Mírame!

Redal lo observó desde el otro lado de los barrotes negros. Vestía unos harapos del color de la madera y tenía la cara demacrada de no dormir. El turquesa de sus ojos brillaba apagado y tenía dos cuencas oscuras y su pelo, más negro incluso que su piel, era una maraña desaliñada. Además de todo eso, estaba delgada. Muy delgada.

– Te miro. Te veo bien. Un poco delgada, quizás. ¿Te has puesto a dieta?

– Redal... ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Acaso no significaba nada nuestra amistad?

– ¿Amistad? ¡Ja! No me hagas reír. Nunca fuimos amigos, querida. Los amigos no follan.

– Eso fue hace años –Rose tosió mientras apretaba sus puños en los barrotes–. En la boda de mi primo. Estábamos bebidos los dos. El vino nos hace cometer esos errores. Además, fue antes de conocer a...

– ¡Error! ¡Eso soy para ti! ¡Un jodido error! –Redal había cambiado su altanera sonrisa por una mueca de odio–. ¿El vino? Oh no, eras muy consciente de lo que hacías. Todavía recuerdo lo que me dijiste en la cama. “Tú y yo podríamos reinar en todo Mohad”. ¡Ese ha sido tu único objetivo, reinar! Te importaba un pimiento tener que casarte conmigo o con cualquier hijo heredero de noble alcurnia con suficiente dinero como para optar al trono. ¡Eres una zorra manipuladora! Da gracias que no te corto el cuello.

– Reinar... Mi familia reinó durante décadas. Mi familia convirtió un trozo de arena yerma en un imperio próspero donde florecieron las ciudades más hermosas y avanzadas del mundo. Reinar es mi deber. He de salvar a Mohad de la decrepitud y esta larga y lenta bajada a los infiernos.

– ¿Todavía con pretensiones? ¡Mírate! No te queda nada. Tu prometido ha muerto en el desierto con sus dos leales sirvientes. Tu padre me pidió explicaciones. No se las di. Mandó a

sus tropas a la ciudad, ¿y sabes qué? ¡Siguen ahí! A los pies de la muralla, miles de cadáveres con el escudo de los Mont'Arbre! Sin sus hombres, tu padre está perdido. No tardarán en cortarle el cuello y quitarle el gobierno de Val'Havre. ¡Ni siquiera hará falta que envíe al ejército!

Rose había empezado a llorar. Las lágrimas escurrían por sus huecas mejillas desde que había oído la noticia de la muerte de Akun. Su prometido. El sueño se había tornado en pesadilla. Una pesadilla de la que no lograba despertar.

– No... Por favor, Redal, Akun era tu amigo. Dime que no lo has hecho. Por favor...

– ¡Claro que lo era! ¡Fui yo quien te lo presenté! Y tú, ¿qué hiciste? ¿Enamorarte perdidamente? ¡Já! ¡Te enamoraste de su posición! Hijo heredero de los monarcas. Con él, ya tenías lo que siempre habías querido, el trono asegurado. Los Val'Dore, la familia más poderosa del sur y los Mont'Arbre, la familia más rica del norte –Redal esbozó una sonrisa maligna y se acercó a los barrotes un poco más, hasta que tuvo el rostro de Rose muy cerca–. Dejaste de responder a mis cartas. Dejé de existir para ti. Me olvidaste por otro mejor. Otro más rico. Otro con más opciones de hacerse con el reino. ¿Qué ironía, verdad? Ahora tú no eres nadie, y yo lo soy todo.

Rose lloraba, aun con los ojos cerrados, y apretaba las barras de metal con sus dedos sucios y frágiles.

– No lo has matado –repetía–, dime que no lo has matado.

– ¿Por qué no lo habría hecho? Era una amenaza para el trono. Buscaría vengarse. Quitárselo de en medio era lo correcto. Y eso hice.

– Redal... Si aún sientes algo por mí...

– ¿¡Si aún siento algo por ti!? –rugió Redal interrumpiéndola–. ¿Cómo te atreves a pedirme algo? ¡Después de todo lo que hiciste! ¡Exigencias! ¡A mí! ¡Al puto rey! ¡Joder! –dio un puñetazo a un barrote, pero este siguió impertérrito y lo que retumbó fueron sus nudillos–. ¡Ay! ¡Mierda! ¡Eres una zorra, Rose, una zorra astuta y manipuladora! ¡Púdrete!

Redal se dio media vuelta y empezó a caminar apresuradamente en la otra dirección. Los tres guardias hicieron lo mismo para seguirle.

Entonces, Rose levantó la cabeza y lo observó alejarse con su porte regio y empavonado. Su pelo oscuro caía liso como una cascada de ébano sobre su real capa verde oscura bordada con hilo dorado y sus hombreras refulgían a la luz anaranjada de las lámparas ardiendo.

– ¡Que te jodan Redal! ¡Te odio! ¿Me oyes? ¡Pagarás por lo que has hecho!

El rey tan solo levantó un brazo en ángulo recto, sin volverse ni decir nada, y de su puño levantó el dedo del medio.